

¿Quién había concebido la idea de un crimen tal?

El nombre del barón Saint-Aubin volvía á cada instante á sus labios.

Un secreto instinto la decía:

—¡El es!

El hombre que ella había encontrado la noche del crimen, y que marchaba á toda prisa, envuelto en su gaban, con la mitad de la cara oculta por el cuello que llevaba levantado, tenía un cierto parecido con el barón.

Era de la misma estatura, la misma manera de andar, el mismo cuerpo.

Sin embargo, rechazó la sospecha que la había ocurrido de pronto, y se preguntó:

—¿Por qué lo hubiera hecho?

¿Con qué objeto?

¿Es que era ella de esas mujeres por quienes los hombres juegan su vida y se matan?

¡Qué absurdo!

Ella sabía que era guapa.

¡Se lo habían repetido tantas veces!

Pero se decía:

—¡Cuántas otras lo son como yo!

¡Si siquiera fuera rica!

En aquel momento sintió desfallecimiento en el estómago.

Desde la víspera, después del desayuno que tan galantemente le había servido el mozo del señor Rabier, no había tomado nada.

Tenía zumbidos en los oídos, deslumbramientos. De cuando en cuando sentía que sus párpados la dolían como si hubiera tenido en ellos millares de agujas que la picaran.

El plato de hoja de lata estaba á su lado.

El olor del rancho la atraía.

Después de todo tendría que luchar por su honor y su libertad.

Quería estar fuerte y defenderse.

Se sobrepuso á su repugnancia y, cerrando los ojos lo comió.

Después, sin desnudarse, se echó en la cama.

Bien pronto se quedó dormida como un tronco y no despertó hasta muy entrado el día.

Cuando la criada entró de nuevo, al ver el plato vacío, exclamó:

—¡Así me gusta! ¡Es preciso hacer por la vida! ¡Tomad fuerzas y defenderos! ¡Sobre todo creedme... no confeséis jamás! ¡Os traeré el almuerzo á las doce! ¡Animo!

Pero mucho antes de que el almuerzo hubiera llegado, se presentaron dos guardias en la puerta de la celda.

Les acompañaba la vigilante.

Uno de ellos preguntó:

—¿Aurora Milton?

—Yo soy.

—Seguidnos.

—¿A dónde me lleváis?

—Al despacho del juez de instrucción.

—¿Quién es?

—El Sr. Danglas.

Aurora sintió una conmoción eléctrica y, sin pronunciar una palabra, obedeció y salió de la celda.

X

Un bonito asunto.

No era solo en el Palacio de Justicia, en la Prefectura de policía, entre los jueces, los abo-

gados, los escribanos, los carceleros, los vigilantes y agentes de todas clases que bullen alrededor de esa obra maestra de los tiempos góticos que se llama la Santa Capilla, donde se ocupaban del asunto Caylus.

Era por todas partes.

La curiosidad pública se excitaba á causa de las tinieblas de que estaba rodeado el crimen.

Todo concurría á hacerle interesante y novelesco.

El arresto de una joven que se decía que era de una hermosura extraordinaria, y de la que algunos periódicos, favorecidos por el dinero, por el polizonte que había arrestado á Aurora ó por los que le rodeaban, daban solamente las iniciales: el nombre, en fin, la fortuna de los Caylus y la casa bien conocida de las mujeres ligeras y aun de ciertas mujeres de alta sociedad, donde se había desarrollado el último acto del drama, le distinguían de los demás sucesos de aquellos días.

Se puede asegurar que, aparte de algunos jueces perfectamente honorables, indiferentes á todo—aún se ven algunos,—no había uno solo que no intrigase con celo para que se le encargara de aquella ruidosa instrucción.

Quien tuvo la suerte de conseguirlo fué Marcelo Danglas.

Eran cerca de las diez. El afortunado juez acababa de llegar al Palacio de Justicia.

Subió majestuosamente la escalera que conducía á los despachos de los jueces de instrucción, y cuando llegó á una puerta sobre la que estaba inscrito su nombre, abrió y entró.

Aquel despacho era una pieza espaciosa empapelada de verde satinado y fresco.

Un hombre de unos treinta años, el escribano, iba y venía delante de un escritorio lleno de papeles.

Era una fisonomía rara la de aquel escriba, de cabellos rojos, cortados á punta de tijera, de barba espesa y enmarañada, de ojos de una viveza extraordinaria, de nariz chata, pero fina, de boca burlona y labios gruesos.

Cuando vió entrar á su juez, elegante, como siempre, puesto de veinticinco alfileres, con la cara sonrosada, el bigote afeitado, metido en su irreprochable levita, que esperaba la cinta roja, debida á su bodega y á sus exquisitos menús, se inclinó diciendo:

—¡Mi más cumplida enhorabuena, caballero! Tenemos un buen negocio, ¿eh? ¡Lo que van á rabiarse en la vecindad!

El señor Danglas sonrió y dijo:

—¡Ya lo creo, Catois, sí, ya lo creo, en verdad!

Y mirando al escribano como para descifrar el fondo de su pensamiento, lo que no era fácil, añadió:

—Un negocio soberbio, en efecto, pero oscuro, difícil de comprender.

—¡Oh!—exclamó el escribano con gravedad, con sus aires de mátalas callando.—Desde el momento que tenemos la mujer, la famosa mujer, el eje...

—Es cierto; una joven hermosa, según dicen...

—Así parece. Y tendréis otras á quienes interrogar. Será un desfile agradable. Ese marqués de Caylus era un verdadero D. Juan.

—Gozaba de una bastante bonita reputación de vividor...

Marcelo Danglas se instaló delante de su mesa de despacho, y se puso á hojear el legajo.

—¿Habéis citado á Saint-Aubin? — preguntó.

—Sí, señor.

—¿Para qué hora?

—Como lo habiais ordenado: para las once y media.

—¿Y las órdenes para esa Aurora Milton?

—Están dadas.

—A propósito de ese baron, ¿sabéis que su reputacion es de las más equívocas?...

—¡Eso parece!...

—Que se duda de su honradez...

—¿Quién duda?—dijo negligentemente Catois.

—Le vigila la policía...

—¡Oh, la policía!

—No se sabe de dónde le viene el dinero que gasta...

—¡Hay tantas gentes que están en su caso!...

—O mejor dicho, parece que lo saben demasiado.

—¡Entonces que lo digan!...

Catois ponía sus papeles en orden mientras hablaba.

El juez repuso:

—Yo me pregunto qué papel ha desempeñado él en este asunto.

—Vos le interrogareis y él os lo dirá.

—¡Si quiere!

—Un juez de instruccion está en el mundo para sacar de las entrañas de un testigo ó de un acusado todo lo que oculten dentro.

—¿Cuál es vuestro parecer, Catois?

—¡Oh! no vale la pena.

—Decidlo, de todos modos.

—Os diré que tengo la imaginación completamente embotada.

—Sin embargo...

—¿Teneis interés? ¡Pues bien! os lo diré... Me parece que el barón ha desempeñado el papel de pretendiente, puesto que quería casarse con esa Aurora Milton.

—¡Con una joven tan pobre!...

—La hermosura es un capital.

El señor Danglas se mordió los labios.

Pensaba que la hermosura de Elena de Solmes, aunque muy real, no le había parecido un dote suficiente.

Y, hojeando su legajo, habia un punto que le atormentaba desde hacía un instante.

El nombre de Aurora Milton traia á su memoria vagos recuerdos, pero no podia decir dónde lo habia oido. El parte del jefe de policía no contenía ningún detalle sobre la joven, más que vivia en París en la calle de San Andrés de las Artes.

Si le hubiera ocurrido la idea de preguntar á su mujer, Marta Virieux, se lo hubiera aclarado sin trabajo.

Pero en aquel momento no estaba presente.

Catois seguía arreglando sus papeles con imperturbable serenidad.

—¡Ah!—exclamó—aquí tenemos otro asunto, pero de poca importancia. ¡Rebelión contra los agentes, contusiones y puñetazos. Un pobre diablo bretón, antiguo soldado, José María Triguieu, está acusado de haber maltratado á la policía... ¡Bravo! ¡bien por la Breña! El citado Triguieu ha dado un formida-

ble puñetazo á un agente, lo que no sería más que un simple pecado venial, pero al mismo tiempo ha tirado contra la pared, de un enorme empujón, á uno de los subjesos de la Seguridad. Esto es un pecado mortal, algo así como un sacrilegio...

Catois no pudo contener la lengua.

—¡Yo le condecoraría!—concluyó diciendo con su flemma habitual.

—Estáis paradógico, Catois; eso sería demasiado tal vez.

—No tanto como eso.

Hubo un momento de silencio.

El señor Danglas consultó su reloj y dijo de pronto:

—¿Sabéis adónde he ido esta mañana, Catois?

—¿A la peluquería?

—¡Vamos, no os burléis!

—¿A casa del camisero?...

—¡Tampoco!

—¿A casa del sastre?

—Decidamente tenéis gana de bromas.

—¿Por qué? Todo el mundo va á casa de su sastre; yo también voy, dos veces al año, á la Bella Jardinera, y voy bien vestido.

Catois acabó diciendo mentalmente:

—Si no ha sido á casa del sastre, habrá sido, sin duda, á casa de algún ministro, para hacer genuflexiones y decir tonterías.

Pero no lo dijo.

La confianza de un escribano para con su juez tiene sus límites.

Marcelo Danglas continuó:

—He ido á la casita del marqués de Caylus.

—¿A la calle Vanneau?

—A la calle Vanneau?

—¿Qué preciosa es, eh?

—¡Es un sueño, un paraíso!

—¡De Mahoma!

—¿Qué de fiestas han debido darse en él!

—Una idea—dijo Catois.—Puesto que el propietario no la necesita ya...

—¿Por qué?—preguntó el juez distraído.

—Porque ha muerto... Tal vez se venda...

No gusta á las familias conservar sitios donde se han desarrollado tragedias... Debíais comprarla en secreto.

—¡Oh!

—Medios tenéis.

—Os bromeáis.

—Yo no me bromeo nunca. No entra eso en mis aficiones.

—Eso sería un escándalo.

—¿Qué decís?

—¡Un magistrado!

—¿Creéis que los demás tendrían esas consideraciones?... Tenéis escrúpulos tontos... Yo que no soy más que un simple escribano la compraría... si tuviese dinero...

—Vamos que no os faltarán ahorros, Catois.

—Sí, de mi sueldo, seis mil pesetas y algun que otro gaje, que no son muchos. Con eso no hay medios de ofrecer banquetes á los amigos.

—El hecho es...

Marcelo Danglas iba sin duda á hablar de las compensaciones que podría ofrecerse á causa de las insuficiencias plásticas de su mitad si comprara la posesión de Caylus, cuando entró un guardia y dijo:

—La llamada Aurora Milton.

El juez cambió en seguida de aspecto.

—Un instante—dijo.

Entonces estiró los puños de la camisa, se acarició las patillas, dándolas la forma de abanico y dirigiéndose al escribano:

—Seamos serios ahora—dijo.

—Yo lo soy siempre.

Y terminados sus preparativos, ordenó:

—Que entre.

El señor Marcelo Danglas, encargado del proceso Caylus, tenía á su merced á aquella pobre Aurora Milton, por inocente que fuese, como un gato tiene á un ratón entre sus garras.

Podía guardarla en secreto semanas enteras, secuestrarla, hacerla sufrir, en una palabra, todas las torturas morales y una parte de las torturas físicas que un juez del siglo XV tenía á su disposición contra los malhechores de la peor especie y los bandidos más siniestros.

Aurora entró.

—¡Diablo!—exclamó Catois.

Y en seguida sintió que una bondad extraordinaria penetraba en su alma.

Su primera impresión fué para decirse á sí mismo:

—¡Me sorprendería mucho que fuera culpable!

¿Por qué?

Hay sensaciones que se experimentan y no se analizan.

¡Culpable de asesinato aquella joven de facciones tan puras, de ojos llenos de franqueza y de dolor, que miraban con tanta dulzura!

¡Qué embuste!

Sin embargo, allí estaba como sospechosa,

delante del escritorio de aquel Danglas, que la examinaba con profunda é imponente mirada.

Aurora permanecía en una actitud muy digna, sin arrogancia, pero sin bajar la cabeza.

Y Marcelo Danglas la miraba con una curiosidad cada vez más viva.

No solo había oído aquel nombre, sino que había visto aquella cara, tan difícil de olvidar cuando se la había percibido, aunque no fuese más que por un momento.

—¿Pero dónde la he visto?—se preguntaba.

Después de algunos minutos de esfuerzos inútiles y de observaciones silenciosas, dijo de pronto:

—Hacedme el favor de sentaros.

El escribano se apresuró á presentar, con mucha amabilidad, una silla á aquella encantadora acusada.

El juez repuso:

—¿Vuestro nombre es?

Aurora contestó secamente:

—Ya lo he dicho.

—¿A quién?

—A los que me lo han preguntado: á la policía, en el depósito.

—No importa. Repetidlo.

—Bueno. Aurora Milton.

—¿Dónde habéis nacido?

—No lo sé.

—Eso es extraordinario.

—Lo es.

—¿Cómo se llamaban vuestros padres?

—Lo ignoro.

—Eso es sin duda que no queréis responder.

—¿Con qué objeto?

—Tal vez por no deshonrar á vuestra familia.

—¿Su familia!

Movió la cabeza al mismo tiempo que una mueca de disgusto crispaba sus labios.

—¿Su familia!

—No era ella á quien debía todos sus sufrimientos, sus verguenzas, sus humillaciones!

—¿Había tenido ella una familia!

—¿Qué edad tenéis?

—Diez y ocho ó diez y nueve años.

—¿No lo sabéis á punto fijo?

—No.

—¿No tenéis acta de nacimiento?

—Ni aún se lo que es eso.

El tono de Aurora se iba haciendo cada vez más seco y más mordaz.

—¿Por qué se la entregaba á los interrogatorios de aquel ser á quien odiaba y á quien despreciaba con toda su alma?

—Puede ser—dijo con severidad Marcelo Danglas;—que no os deis cuenta exacta de vuestra situación.

Aurora sonrió con desprecio y contestó.

—Mi situación es la de una joven que no tiene nada que reprocharse y á quien se trata como si hubiese cometido todos los crímenes imaginables.

Y añadió con un acento tal de indignación, que los ojos del escribano se iluminaron.

—Pues bien, francamente, si queréis saber lo que pienso os diré que me parece mala señor Danglas.

—Os ruego que no olvidéis el respeto que debéis á la justicia, dijo el juez, porque de otro modo me veré obligado á aplicaros sus rigores.

Aurora se encogió de hombros y permaneció muda.

El señor Danglas estiró los puños de su camisa descubriendo los magníficos gemelos de oro y dijo.

—Se ha cometido un crimen en un barrio tranquilo de ordinario. Un joven de una de las familias del arrabal San German, ha sido asesinado. ¿Por quién? Esto es lo que nosotros debemos esclarecer. Las apariencias os acusan. Estais complicada en este asunto como autor principal ó cómplice... ¿Conocíais al señor de Caylus?

—Sí.

—¿Desde cuando?

—Desde hace mucho tiempo.

—¿Dónde comenzaron vuestras relaciones?

—¿Qué entendéis por relaciones?

—Vuestro conocimiento, vuestras entrevistas, si preferis este término.

—En provincias.

—¿En qué punto?

—¿Para qué necesitais saberlo? El señor de Caylus volvió á encontrarme en Paris de improviso en un kiosko, donde yo vendía periódicos.

—¿En qué época?

—Hará unos quince días, tres semanas tal vez.

—Vendiendo periódicos no ganaríais gran cosa.

—¡Oh! no.

—¿Entonces os hizo proposiciones?

—Es verdad.

—¿Cuáles?

—Deseaba que yo fuese su querida,

—¿Con qué condiciones?

—Con las que yo quisiera.

—¿Aceptásteis?

—No.

—Es decir, que os resististeis primero y en seguida cambiasteis de parecer.

—Es posible.

—¿Luego la noche en que el señor de Caylus fué asesinado en una casa de citas de su propiedad ibais á uniros á él?

—En efecto.

—A llevar á cabo la venta que os proponía... En fin, á prostituiros.

Los ojos de Aurora echaron chispas.

—No es del todo exacto eso.

—¿Cuál es, pues la verdad?

—Voy á deciroslo, puesto que lo exigís—añadió recalando el nombre del señor Danglas.

Catois redoblaba su atención. Desde hacía un momento olfateaba uno de esos escándalos que hacen época y que estallan como bombas.

Evidentemente Aurora Milton conocía bien al juez.

Catois rebosaba de alegría, y decía para su interior:

—¡Animo, ángel mío!

Aurora comenzó completamente transfigurada, como acusadora más bien que acusada:

—¿Queréis saber mi historia, señor Danglas? Pues bien, escuchadla. Me habéis preguntado donde nació. Eso no puedo deciroslo, pero sé dónde fuí criada: en un país que vos conocéis bien, en el vuestro.

—¡Ah!

—En el Piy-de-Dome, no lejos de Vichy,

más cerca de Riom, donde había dos magistrados de vuestro apellido, padre é hijo. Pasé mi juventud en el castillo de Auvignac. Vos no ignorais qué este castillo pertenece á los Caylus. Este detalle os explicará suficientemente cómo entre en relaciones con ellos. Yo era una pobre joven, venida no se sabe de dónde, llevada allí por extranjeras, de las que no se ha vuelto oír hablar, y confiada á los jardineros de Auvignac por un notario de Vichy llamado Pilet-Desbuttes.

Una cierta inquietud se pintó en la cara del señor Danglas.

Aquella joven que se negaba á hablar minutos antes, parecía querer decir demasiado ahora.

Las palabras que acababa de pronunciar despertaban en la memoria del juez una multitud de recuerdos, en los que no pensaba de buena gana.

Si se hubiera atrevido, la hubiera parado; pero la presencia de su escribano le impedía hacerlo.

Por otra parte, despedirla hubiera sido hacer ver el malestar que le invadía. Con voz ligeramente alterada dijo:

—Continuad, os lo ruego.

—Vivía en casa de aquellos jardineros...

—¿Se llaman?

—Chavarux.

Marcelo Danglas pareció sorprendido al oír aquel nombre.

Preguntó á Catois:

—¿No es ese el nombre del joven que ha desaparecido hace unos días?

—Perfectamente, un pasante del señor Merlin.